

Ensayo #3

Pensamiento involuntario y subjetividad

El inconsciente: de entidad a límite

Gustavo J. Ferrero

Prólogo

Este escrito no nace del intento de sistematizar saberes, sino de la urgencia por comprender un dilema que atraviesa lo cotidiano sin pedir permiso: cómo decidir cuando lo técnico no alcanza y lo ético no se hereda. Lo que aquí se escribe no es el producto de una tesis consolidada, sino de una búsqueda que aprendió a pensar desde el límite.

Cada idea que lo compone no fue dictada por un plan previo, sino habilitada por la anterior. El pensamiento no avanzó por acumulación, sino por resonancia. Lo que comenzó como una inquietud fue derivando, paso a paso, hacia una reformulación profunda del lugar del yo en la deliberación moral. Como en la revolución copernicana, el centro se desplaza: no para negarse, sino para poder ver más lejos.

No hay aquí voluntad de verdad definitiva, sino práctica de exposición: pensar como forma de cuidado, escritura como gesto ético. Y quizás, leer este texto con esa disposición —no como quien busca respuestas, sino como quien acompaña una deriva— sea ya una manera de participar en la deliberación que propone.

Resumen

Este ensayo propone una meditación filosófica sobre el pensamiento involuntario como dimensión constitutiva de la subjetividad humana. Lejos de concebirlo como ruido mental o residuo inconsciente, se lo presenta como una irrupción significativa que fractura el saber y revela el límite epistémico de la conciencia. El inconsciente no se entiende como estructura oculta, sino como el lugar donde el conocimiento no llega, pero el pensamiento persiste. Desde esta perspectiva, la conciencia se redefine como espacio interrumpido, y el yo como fenómeno contingente, afectado por lo intempestivo. Esta reformulación alcanza también a los sueños, entendidos como manifestaciones de pensamiento involuntario en estado de suspensión vigilante.

El texto explora las implicancias éticas, vinculares y creativas de este límite. Los vínculos humanos no se presentan como pactos entre identidades transparentes, sino como procesos entre sujetos atravesados por irrupciones interiores. Esta ambigüedad no debilita la relación: *la vuelve hospitalaria*. Se propone una *ética del borde*, fundada no en el control, sino en la capacidad de alojar lo que irrumpe.

La creación simbólica —arte, escritura, reflexión— aparece como *gesto deliberativo* ante el misterio: no busca dominar lo inexpresable, sino *testimoniar desde la lucidez aquello que no puede explicarse, pero sí alojarse*. En este marco, se introduce la noción de resonancia psíquica a distancia, como forma de afectación simbólica sin contacto directo, que amplía la subjetividad más allá del yo interior.

A su vez, se critica la evasión contemporánea del límite mediante certezas prefabricadas, consumo simbólico y discursos morales pronunciados desde el éxito, señalando sus paradojas y su distancia respecto de una ética que no manda, sino que escucha y dispone.

Pensar lo involuntario sin reprimirlo ni reducirlo abre el espacio para una subjetividad más real, una ética más humana y una creatividad más profunda.

Habitar el límite no como debilidad, sino como potencia lúcida y vínculo atento es el gesto que este ensayo invita a pensar.

Abstract

Title: *Involuntary Thought and Subjectivity: The Unconscious—from Entity to Limit*

This essay offers a philosophical meditation on involuntary thought as a constitutive dimension of human subjectivity. Far from conceiving it as mental noise or unconscious residue, it is presented as a meaningful irruption that fractures knowledge and reveals the epistemic limit of consciousness. The unconscious is not understood as a hidden structure, but as the place where knowledge cannot reach, yet thought persists. From this perspective, consciousness is redefined as an interrupted space, and the self as a contingent phenomenon, affected by the untimely. This reformulation extends to dreams, conceived as manifestations of involuntary thought in a state of vigilant suspension.

The text explores the ethical, relational, and creative implications of this limit. Human relationships are not portrayed as pacts between transparent identities, but as processes between subjects traversed by inner irruptions. This ambiguity does not weaken the bond—it *renders it hospitable*. An *ethics of the edge* is proposed, grounded not in control, but in the capacity to host what breaks through.

Symbolic creation—art, writing, reflection—appears as a *deliberative gesture* before mystery: it does not seek to dominate the inexpressible, but to *bear witness from lucidity to that which cannot be explained, yet can be hosted*. Within this framework, the notion of psychic resonance at a distance is introduced, as a form of symbolic affectation without direct contact, expanding subjectivity beyond the interior self.

The essay also critiques the contemporary evasion of limits through prefabricated certainties, symbolic consumption, and moral discourses spoken from the standpoint of success, highlighting their paradoxes and their distance from an ethics that does not command, but listens and makes space.

Thinking the involuntary without repressing or reducing it opens the way to a more real subjectivity, a more human ethics, and a deeper creativity.

To inhabit the limit not as weakness, but as lucid potency and attentive bond is the gesture this essay invites us to contemplate.

1. Introducción general

En los márgenes de la conciencia racional —donde el pensamiento voluntario se desvanece y emerge lo intempestivo— se abre un territorio poco explorado: *el espacio de los pensamientos involuntarios que el sujeto no elige, pero que lo configuran*. Este ensayo nace de una experiencia personal profunda y se transforma en una reflexión filosófica sobre la naturaleza del pensamiento, la ambigüedad del yo y la construcción de los vínculos humanos en un marco de **limitación epistémica**.

A diferencia de las perspectivas clásicas que conciben el inconsciente como una estructura o como depósito de pulsiones reprimidas, aquí se propone una visión alternativa: el inconsciente como límite epistémico, como zona de fricción donde el conocimiento introspectivo colapsa, pero el pensamiento persiste. Desde esta mirada, el sujeto no es soberano, sino atravesado por irrupciones cognitivas que no controla, pero que lo constituyen. Algunas provienen del interior no voluntario; otras, del exterior relacional, como afectaciones simbólicas que, en ciertas ocasiones, conmueven sin proximidad ni causa discernible.

Este enfoque tiene implicancias éticas, ontológicas y creativas: invita a repensar la subjetividad como tensión, a situar el vínculo como espacio ambiguo entre lo dicho y lo innombrable y a considerar la producción simbólica —ensayo, arte, contemplación— como forma de testimoniar lo no introspectable, aquello inaccesible a la conciencia, pero constitutivo del sujeto. Lejos de ofrecer respuestas, el texto propone *una forma de habitar el misterio: con lucidez, sin dominio*.

En tiempos donde la certeza y la transparencia se exaltan como virtudes incuestionables, este ensayo apuesta por una mirada distinta: reconocer que el límite, lejos de ser una vulnerabilidad, es condición para el pensamiento, la ética y el cuidado.

2. Introducción filosófica

La experiencia del pensamiento humano se manifiesta con mayor intensidad en los momentos de fragilidad. El límite entre vigilia y sueño, entre conciencia activa y pasiva, es también el borde de una revelación involuntaria: ideas que irrumpen sin permiso, emociones que parecen ajenas, juicios que se instalan con fuerza casi imperativa. Al principio, se presentan como pensamientos oscuros, irracionales, invasivos. Pero una observación más profunda sugiere otra cosa: no son irracionales, sino *no introspectables*. No carecen de razón; poseen una que aún no hemos descubierto.

Partiendo de este fenómeno cotidiano —el pensamiento no voluntario que aparece como si “lloviera”— propongo una hipótesis radical, ya desarrollada en el *Ensayo #2 (El inconsciente como límite epistémico: crítica transversal a Hartmann, Freud, Jung y Lacan)*: el inconsciente no debe entenderse como una entidad ontológica, sino como un límite epistémico, una frontera del saber que organiza, condiciona y modela nuestras decisiones, relaciones y creatividad. No es algo oculto en nosotros, sino algo que no podemos conocer, aunque nos determine.

Desde esta perspectiva, los vínculos humanos no se fundan en una voluntad transparente, sino que se configuran desde la ambigüedad cognitiva, desde lo que no podemos nombrar pero que actúa. Asumir esa ambigüedad como núcleo de la experiencia humana es también el primer paso hacia una ética nueva: no la ética del control, sino *la ética del testimonio contemplativo*.

Este ensayo, nacido desde la experiencia personal y la reflexión filosófica, busca explorar esa frontera: *el punto donde la conciencia ya no puede decir “yo”, pero tampoco puede callar*.

3. El límite epistémico como condición del pensamiento

La historia del pensamiento occidental ha intentado nombrar aquello que escapa a la razón con términos como *inconsciente*, *invisible*, *reprimido* o *irracional*. Sin embargo, estas nominaciones tienden a convertir la ausencia de saber en presencia conceptual: transforman el misterio en objeto. Mi propuesta, en cambio, es pensar que lo que escapa

a la introspección no está necesariamente oculto; quizás simplemente no puede ser capturado como objeto del conocimiento y, por eso, se convierte en zona de fricción epistémica.

Esta concepción transforma profundamente nuestra comprensión del pensamiento involuntario. No se trata de una patología ni de un depósito de deseos reprimidos, sino de un fenómeno que irrumpe desde el borde de la conciencia. En ese borde emergen pensamientos no elegidos, no buscados, pero que poseen una fuerza casi imperativa. No por malignos o demoníacos, como a veces se los describe popularmente, sino porque responden a una lógica aún inaccesible para la conciencia.

El inconsciente, entonces, no es “lo que no vemos”, sino la evidencia de que ver no lo es todo. Es una condición estructural del pensamiento humano: la conciencia no es soberana, sino interrumpida constantemente por elementos no voluntarios que, sin embargo, configuran el yo. Esta irrupción no es irracional, sino *epistémicamente no disponible*. Y quizás, en esa indisponibilidad, radique su capacidad constitutiva.

Desde esta perspectiva, lo inconsciente no es un archivo ni un abismo, sino un límite activo: una grieta en el saber que produce subjetividad. Nos vuelve ambivalentes, inconsistentes, humanos.

4. La subjetividad como tensión

La conciencia humana no se caracteriza por su coherencia, sino por su ambigüedad. Lejos de ser un espacio transparente o plenamente disponible, el sujeto se encuentra en tensión constante entre el saber de sí y aquello que no puede saber, entre la introspección y la irrupción. Pensarse implica aceptar que hay pensamientos que no se eligen, emociones que no se explican y reacciones que no se comprenden. Y no por fallas del sistema, sino porque *ese es el sistema*.

Esta ambigüedad estructural no debe leerse como fragilidad, sino como una condición ontológica: un modo de ser atravesado por la multiplicidad de lo que no se puede nombrar. A menudo, lo no introspectable se manifiesta en momentos de quietud —al acostarse (*hipnagogia*), al despertar (*hipnopompia*), o al encontrarse en estados de baja demanda cognitiva —cuando el yo pierde su protagonismo operativo y se convierte en receptor de pensamientos que aparecen “desde afuera”, pero que, sin embargo, nos implican.

A través de la práctica de la observación —convertirse en testigo sin intervenir, en testigo sin identificarse— el sujeto accede a una forma de lucidez limitada, pero valiosa. No puede impedir la irrupción, pero puede dejarla pasar. No puede atribuirle sentido, pero puede sostenerla sin reaccionar.

Esta actitud —correrse a un costado para mirar lo que ocurre— genera una subjetividad que no niega el límite, sino que lo incorpora como parte constitutiva. El yo no es una entidad fija, sino un fenómeno contingente que ocurre dentro de una conciencia habitada por lo no introspectable. **El yo no gobierna la mente: la navega.**

Esta conciencia no gobernada por el yo no solo se expresa en la vigilia. También se despliega en otras formas de experiencia donde la vigilancia se suspende y lo simbólico se diluye. El sueño es una de ellas. Pensar los sueños como irrupciones del mismo orden que aquellas que atraviesan al sujeto despierto permite ampliar el marco del pensamiento involuntario: no ya como algo que acontece en presencia del yo, sino también en su ausencia o desplazamiento.

5. Sueños: irrupción de la subjetividad en suspensión

Si el pensamiento involuntario constituye una irrupción en la vigilia —una aparición que no obedece a la voluntad ni a una localización precisa dentro del sujeto—, los sueños ofrecen una versión paralela en otro plano de conciencia. En ellos, el sujeto no solo se halla despojado de intención, sino también de temporalidad lineal, agencia motriz y vigilancia racional.

Los sueños irrumpen como manifestaciones del inconsciente que, más que revelarlo como entidad, lo delinean como un borde: una frontera porosa donde lo subjetivo se traduce en imágenes, desplazamientos y condensaciones que no pueden rastrearse a un origen claro. En ese sentido, el sueño no es menos pensamiento que sus equivalentes diurnos; simplemente pertenece a una economía distinta del sentido.

Lejos de ser un espacio de reposo cognitivo, el sueño se presenta como laboratorio de tensiones subjetivas. Es quizás el escenario privilegiado de las irrupciones que no encuentran lugar en la organización simbólica del estado de vigilia, aquel que tiende a redistribuir, ordenar o suspender ciertos movimientos internos mediante la lógica diurna. La subjetividad soñante, suspendida entre lo voluntario y lo involuntario, entre el cuerpo dormido y el psiquismo activo, encarna una forma radical de pensamiento irruptivo.

Al tratarse de una experiencia no verbal —aunque a menudo narrada posteriormente—, el sueño manifiesta la distancia entre el acontecimiento psíquico y su inscripción simbólica. Esa tensión entre la vivencia onírica y su posterior traducción entra en diálogo directo con la noción de subjetividad como tensión, introduciendo además la dimensión de la inaccesibilidad: los sueños no se recuerdan en su totalidad y su sentido parece resistirse a toda traducción definitiva.

La irrupción onírica, entonces, extiende los márgenes de lo involuntario hasta incluir estados de conciencia no vigilantes, confirmando que el pensamiento excede el marco del control, de la linealidad y de la intención. El inconsciente no es aquí el origen de los sueños, sino su modo de inscripción: no como producción, sino como aparición.

Pero no todo lo que nos atraviesa proviene de un interior sin forma. Hay afectaciones que llegan desde fuera del campo introspectivo, aunque no por ello resulten menos íntimas. Pensar el impacto que no depende de la proximidad permite ampliar la noción de lo involuntario hacia el vínculo simbólico.

6. Impacto sin proximidad: sobre la resonancia psíquica a distancia

El dicho popular “ojos que no ven, corazón que no siente” sugiere que la afectación emocional requiere contacto sensorial directo: sin percepción, no hay impacto. Sin embargo, la experiencia subjetiva complejiza esa premisa. Acontecimientos lejanos —en otros países, contextos o tiempos— pueden conmovernos profundamente si están ligados a vínculos simbólicos, afectivos o imaginarios. No es la cercanía física lo que determina la conmoción, sino la *disponibilidad epistémica*: la posibilidad de que lo distante ingrese en nuestro sistema de significación.

Cuando un familiar sufre un accidente lejos del entorno del sujeto, no hay reacción inmediata hasta que la información accede al campo perceptivo —ya sea mediante un testimonio, una imagen o un mensaje. El impacto no depende de la ubicación del hecho, sino del momento en que se vuelve pensable. Solo afecta aquello que ha sido traducido en signo, integrado como contenido reconocible. La psiquis necesita que algo se haga visible para que se vuelva vivible.

Pero existe otro tipo de impacto, más sutil, que no responde a la lógica de la representación ni al orden del dato. Son afectaciones que irrumpen sin causa discernible, vividas como malestar, inquietud o angustia sin relato. La clínica ofrece ejemplos ilustrativos: pacientes que experimentan una angustia inexplicable justo antes de conocer un suceso doloroso que los involucra; sueños que anticipan escenas sin correlato narrativo, pero que coinciden retrospectivamente con eventos significativos en la vida de personas cercanas; sensaciones vagas que parecen anunciar lo aún no dicho.

Una paciente relata haber sentido, durante varios días, una presión en el pecho al atardecer, sin comprender su origen. Más tarde, se entera de que su hermana —residente en otro país y con quien no se comunicaba regularmente— atravesaba episodios de profunda tristeza precisamente en ese horario. Otro paciente sueña repetidamente con un teléfono que suena sin ser atendido. Semanas después, descubre

que su madre intentaba comunicarse desesperadamente con él desde una institución médica durante ese período.

No se propone aquí una lectura mística ni una hipótesis de transferencia energética. La afectación no implica recepción de datos ni lectura a distancia. Lo que acontece es una *resonancia psíquica*: una forma de impacto que no pasa por el contenido, sino por el vínculo. La conciencia no lo reconoce como información, pero el cuerpo lo inscribe como intensidad. Lo que se recibe no es una narrativa, sino una modulación del ánimo.

La cultura ofrece múltiples figuras simbólicas de esta apertura a lo distante: el chamán que “siente” la enfermedad aún no manifestada; Casandra, que percibe lo porvenir sin poder traducirlo en verdad compartida; obras artísticas que conmueven a espectadores ajenos a la historia representada, activando ecos íntimos desde lo colectivo. Todas estas escenas revelan que la experiencia humana está expuesta a lo que no conoce, pero que igual la toca.

Esta forma de afectación sugiere la existencia de una zona receptiva en el psiquismo que no depende del sentido ni de la conciencia reflexiva. Una especie de *antena simbólica* que responde ante lo implicado, aunque no se haya formulado. No capta contenido, sino que es permeable al acontecimiento cuando este se sitúa en el campo relacional del sujeto. Y eso redefine la noción de inconsciente: deja de ser un lugar donde algo se esconde para volverse una ventana por donde algo se revela sin ser llamado.

En este marco, el pensamiento involuntario ya no es resto interno ni enigma del yo, sino una abertura existencial a lo que viene desde otro lugar. Puede provenir de la propia historia, pero también del entramado relacional que nos constituye. Pensar lo inconsciente como límite epistémico permite aceptar que ciertas irrupciones no tienen dirección, origen claro ni contenido discernible, pero sí efecto. No hay que interpretarlas como claves cifradas de un mensaje oculto, sino como manifestaciones del contacto, como síntomas de una relación que nos afecta incluso antes de haber sido nombrada.

La subjetividad, en ese sentido, se revela no como centro de experiencia, sino como zona de impacto. No como origen, sino como superficie de inscripción. Lo inconsciente opera allí, no como profundidad que hay que descifrar, sino como borde desde el cual el mundo irrumpe. Y esa irrupción —sin proximidad, sin signo, sin relato— ya es experiencia.

Con esta ampliación del fenómeno involuntario hacia el impacto relacional, se abre también el espacio para pensar la dimensión ética que emerge de esa exposición. ¿Cómo actuar ante lo que nos afecta sin explicación? ¿Qué formas de cuidado y de espera pueden nacer cuando lo que llega no puede ser nombrado, pero sí sostenido?

Antes de cerrar este apartado, cabe una aclaración terminológica que puede enriquecer su lectura: el término “resonancia psíquica” empleado en este ensayo no debe confundirse con la noción de “resonancia límbica” desarrollada en el campo de la neurociencia interpersonal. Aunque ambas ideas comparten la intuición de que el afecto

puede transmitirse sin mediación verbal, aquí se amplía esa noción hacia lo simbólico y lo experiencial, sin necesidad de contacto sensorial ni correlato neurobiológico. Se trata de una forma de afectación que no se explica por la transmisión de datos, sino por la implicación relacional que inscribe intensidad en el sujeto, incluso antes de que el acontecimiento haya sido nombrado.

***Nota:** los ejemplos clínicos mencionados no deben entenderse como evidencia empírica de una transmisión psíquica o afectiva a distancia. Se presentan como observaciones fenomenológicas propias del campo terapéutico, donde lo simbólicamente implicado puede conmover incluso sin mediación sensorial directa. No se afirman causalidades ocultas, sino resonancias significativas que ilustran una apertura subjetiva al vínculo.*

7. Consecuencias éticas y vinculares

Si el sujeto está atravesado por pensamientos involuntarios que emergen desde una razón que opera fuera del alcance consciente, entonces las relaciones humanas no pueden fundarse en una transparencia imaginada. El encuentro con el otro está condicionado por irrupciones interiores que no controlamos, muchas veces cargadas de afectos intensos —rechazo, deseo, resentimiento, idealización— que surgen sin mediación de la voluntad ni del razonamiento consciente.

Este fenómeno obliga a repensar la ética relacional. No se trata de construir vínculos desde una supuesta autenticidad total, sino de reconocer que gran parte del comportamiento vincular responde a fuerzas cognitivas no elegidas. Esta lucidez no implica resignación, sino una responsabilidad ampliada: *actuar sabiendo que no todo lo que pensamos proviene del yo, pero que todo lo que hacemos impacta en el otro.*

Surge entonces una ética posible, no basada en el control del pensamiento, sino en su observación. En lugar de responder a la primera emoción que emerge, el sujeto puede practicar una espera silenciosa: un espacio donde lo no introspectable se deja pasar sin que devenga acto. *Este gesto, aparentemente mínimo, puede marcar la diferencia entre la violencia y la compasión, entre la reactividad proyectiva y el respeto por la alteridad.*

Los vínculos, vistos desde esta perspectiva, no son pactos entre identidades claras, sino procesos entre sujetos ambiguos, atravesados por lo no dicho. Aceptar esa ambigüedad no debilita la relación: la humaniza.

No se trata de comprenderlo todo, sino de responder con cuidado a lo que nos atraviesa. La ética no nace del control, sino del modo en que administramos lo que no elegimos.

8. Producción simbólica desde el límite

Lo que no puede pensarse con claridad, lo que no se elige, lo que llega sin ser invitado, puede devenir símbolo. En la experiencia del sujeto como testigo del pensamiento involuntario, se abre un campo fértil: la creatividad como forma de elaboración de lo no introspectable. No se trata de entenderlo ni de dominarlo, sino de darle forma, de permitirle hacerse visible sin perder su misterio.

La escritura, el arte, el ensayo, la poesía y la reflexión filosófica funcionan como superficies donde lo ambiguo encuentra un cauce. El acto de producir simbólicamente no elimina la ambigüedad, pero la vuelve compartible. Permite que lo íntimo se vuelva intersubjetivo, que lo inexpresable se vuelva material, aunque sea parcial o fragmentariamente.

En este sentido, la producción simbólica es un acto de lucidez radical: no busca representar la totalidad, sino testimoniar el borde. Autores como Simone Weil, Paul Ricoeur, Emmanuel Levinas y ciertos místicos contemporáneos han explorado esa zona donde el saber colapsa, pero el pensamiento continúa. Weil, en particular, elaboró el sufrimiento no elegido a través de la contemplación, convirtiéndolo en texto, en gesto, en compasión silenciosa.

También este ensayo practica esa conversión: lo que comenzó como pensamiento no voluntario, negativo y opaco, ha devenido estructura conceptual, reflexión ética y propuesta filosófica. Y eso —*ese pasaje del caos al lenguaje*— es quizás la forma más clara y pertinente de elaborar lo que no se elige.

No se trata de resolver, sino de alojar. Lo simbólico no cura, pero hospeda.

9. Certeza impuesta y evasión del límite

En su dimensión más consciente, el yo busca arraigo: desea certeza, permanencia, continuidad. No por capricho, sino como respuesta al vértigo de saberse contingente, frágil, expuesto al devenir. El tiempo, con su paso irrevocable, le recuerda que lo que hoy es, mañana puede no ser. Esta conciencia del transcurrir es profundamente angustiante. Por eso, muchas veces, la lucidez se convierte en carga insoportable.

Ante esa angustia, emerge una salida habitual: la evasión. Narcotizar la conciencia se vuelve estrategia para resistir lo incierto. Esta narcotización no siempre adopta formas explícitas. A menudo se disfraza de pertenencia, de identificación, de certeza cultural. La masa, el grupo, el ícono, el dogma: todos ofrecen un cobijo artificial, una pausa en el vértigo, una promesa de tierra firme.

Las religiones impuestas desde lo cultural —no aquellas que emergen como búsqueda o experiencia interior, sino las que se transmiten como certeza prefabricada— constituyen uno de estos modos de evasión. No ofrecen espacio para habitar el misterio, sino fórmulas para cancelarlo. En nombre de la verdad, reemplazan la pregunta por la respuesta. Como advirtió Nietzsche, la moral dogmática puede ser negación del devenir, del cuerpo, de la pregunta viva. Y como insinuó Simone Weil, la religiosidad auténtica requiere silencio, espera, despojo; no adoctrinamiento.

La industria cultural también ofrece narcóticos simbólicos: íconos de consumo, eslóganes motivacionales, promesas de realización inmediata. Todos ellos diseñados para evitar el encuentro con el límite. No se trata de malicia, sino de una estructura que evita deliberadamente la fricción epistémica. En lugar de invitar a pensar, seduce a repetir.

Esta evasión colectiva anestesia no solo la conciencia individual, sino también la posibilidad de vínculo lúcido. Si el otro ya está definido por su pertenencia, por su certeza adquirida, entonces la relación pierde ambigüedad. Y sin ambigüedad, no hay verdadero encuentro. Solo espejo, solo imagen. Lo otro —lo imprevisible, lo humano— queda fuera del encuadre.

Reconocer esta tendencia evasiva no implica condena, sino lucidez. Comprender que el yo tiende a aferrarse a lo fijo puede abrir el espacio para otro gesto: no huir del límite, sino contemplarlo. Resistir la certeza como refugio puede ser una forma activa de cuidado. Porque allí donde se anestesia el misterio, se clausura también la posibilidad de creación. *Donde se niega el límite, se duerme también la posibilidad de belleza.*

10. Narcóticos de mercado y la economía del olvido

Si la certeza impuesta opera como narcótico simbólico, el mercado contemporáneo ha desarrollado sus propias fórmulas de evasión sensorial. La industria cultural no está sola en su capacidad anestésica. El mercado de bienes y servicios ha aprendido a ocupar también ese lugar simbólico: no como respuesta a una necesidad concreta, sino como instrumento de evasión emocional. El consumo, en este sentido, ha dejado de ser práctica material para convertirse en *ritual de negación*.

No importa cuán bueno sea el producto o servicio consumido, sino cuán eficaz resulte como narcótico. Ese es el criterio que organiza la economía afectiva contemporánea. Lo que se valora no es el objeto en sí, sino su capacidad de disolver preguntas. El éxito de un bien se mide por su habilidad para evitar que el yo se pregunte por su finitud, su deriva o su dolor. El café, el dispositivo, el espectáculo: no se eligen por sus méritos objetivos, sino por la intensidad con que suspenden el vértigo.

La industria de la honestidad, en cambio, no es próspera. Quien dice la verdad no vende: incomoda. El emprendedor que apuesta por lo real —por lo ambiguo, lo vulnerable, lo que no promete solución sino contacto— queda al margen de un mercado que ha hecho de la evasión su producto estrella. Porque aquello que despierta conciencia despierta también incomodidad. Y lo incómodo, como lo incierto, se evita.

Así, el narcótico no es solo sustancia o imagen: es todo aquello que permite que el límite no se sienta. El consumo compulsivo se convierte en estrategia identitaria, en código de pertenencia. No se trata de mera superficialidad, sino de una arquitectura diseñada para neutralizar el contacto con lo real.

11. La entidad deliverativa: mutación del yo y potencia espiritual

Los capítulos previos han mostrado que la subjetividad no se construye desde la transparencia ni desde el control, sino desde la ambigüedad que se reconoce, se sostiene y se elabora. El pensamiento involuntario, la resonancia simbólica y la espera ética revelan que el yo no gobierna el sentido, sino que lo habita mientras se transforma.

En este capítulo se propone una mutación más profunda: el yo, al descentralizarse, deja de ser entidad operativa para convertirse en cauce deliberativo. No cede por debilidad, sino por expansión. Esta transformación —que llamaremos *entidad deliberativa*— no responde a un ideal moral, sino a una lógica interior que surge de aceptar que lo múltiple también puede ser núcleo. Lo que emerge no es una nueva identidad, sino una forma espiritual del yo, tejida por la escucha, la deliberación interna y la apertura a lo no elegido.

La potencia de esta entidad no reside en su solidez, sino en su capacidad de alojar: devenir cauce, no centro.

Surgió una nueva idea...

El yo, al reconocer otras estructuras internas, cede protagonismo. Pero esta cesión no implica debilitamiento, sino una ganancia en lucidez y posibilidad. Ya no actúa en soledad: escucha, se ilumina por sus otros constituyentes y, al hacerlo, se transforma en entidad deliberativa —una subjetividad ampliada, capaz de deliberar colectivamente.

Esta mutación del yo no es meramente conceptual. Tiene consecuencias espirituales, estructurales y experienciales. A medida que una persona se reconoce múltiple, el

egoísmo se desdibuja. No por obediencia a una moral externa, sino por una lógica interior: una estructura donde la centralidad aislada pierde sentido ante el diálogo interno.

Esto resuena con doctrinas teológicas y filosóficas que postulan la renuncia al ego como vía de iluminación. Pero aquí no se trata de obedecer un mandato: se trata de comprender que esa renuncia es consecuencia natural del reconocimiento plural. El altruismo, en este marco, no es bondad sacrificada: es manifestación de una subjetividad más lúcida, que ha dejado de confundir su núcleo deliberativo con su ruido (lo reactivo, lo proyectivo, lo compulsivo, lo no elaborado).

Desde esta perspectiva, el yo no es el centro, sino el cruce; no es la voz dominante, sino la instancia capaz de escuchar y deliberar. Este descentramiento no es pérdida: es potencia. El pensamiento involuntario y el inconsciente, antes entendidos como entidades aparte o como límites opacos, se integran en esta nueva forma del yo que ya no teme sus bordes, sino que se construye desde ellos.

Quizás el yo no sea nunca una forma terminada, sino un modo de escucha que se vuelve cada vez más sutil. Aquello que antes llamábamos inconsciente ya no se ubica como fondo oscuro, sino como frontera porosa, vibrante. Es en ese borde —donde el yo ya no se defiende, sino que se deja afectar— donde nace una espiritualidad sin mandato: una apertura lúcida, tejida por la deliberación de lo múltiple. El pensamiento involuntario, lejos de ser obstáculo, deviene impulso. Y el yo, lejos de ser centro, deviene cauce. Esa es quizás la verdadera mutación: entender que no se trata de poseerse, sino de alojarse.

La transformación del yo en entidad deliberativa no clausura la ambigüedad del pensamiento involuntario; la profundiza. En lugar de buscar certezas desde el centro, se aprende a alojar preguntas desde el borde. Allí donde el yo deja de afirmarse y comienza a deliberar, nace también una forma de cuidado: no controlado, no impuesto, sino disponible.

Con esta mutación culmina el tránsito ensayístico: desde la irrupción no introspectable hasta la apertura espiritual sin mandato. Lo que sigue ya no es una exploración conceptual, sino una condensación ética. Una forma de decir —con palabras, pero también con gesto— que pensar no es dominar, sino sostener. Y que el límite, lejos de silenciar la conciencia, puede volverla más lúcida.

12. Conclusiones

La conciencia humana no es soberana, y eso no la debilita: *la define*. A lo largo de este ensayo hemos explorado el pensamiento involuntario, los bordes del saber introspectivo y la condición del sujeto como testigo de lo que no elige. Lo que muchas corrientes han denominado “inconsciente” aquí se ha reformulado como límite epistémico: no una zona oculta, sino una fractura activa donde el conocimiento no alcanza, pero el pensamiento sigue ocurriendo.

A esta propuesta se suma una ampliación crucial: el yo, además de recibir irrupciones internas no voluntarias, puede ser afectado por lo simbólicamente implicado, incluso sin contacto directo. Esta resonancia psíquica a distancia revela que la subjetividad no se reduce al yo interior, sino que se constituye también por lo que llega sin haber sido pensado, pero que se inscribe como experiencia.

A esta dinámica de afectación involuntaria contribuyen también los sueños, que en su suspensión de vigilancia manifiestan otra forma de irrupción subjetiva. Allí donde el yo se disloca, lo no pensado aparece sin pedir permiso, confirmando que la conciencia no es un centro de mando, sino una trama abierta a lo intempestivo.

En paralelo, el ensayo ha mostrado cómo el sujeto —en su intento de anclarse frente al vértigo del devenir— suele escapar del límite por vías colectivas de evasión. La narcotización de la conciencia —mediante fenómenos de masa, íconos culturales o religiones impuestas como certeza— busca evitar la angustia del misterio. Pero ese refugio, aunque comprensible, puede clausurar la posibilidad de pensamiento, de creación, de vínculo lúcido.

Frente a esa tendencia, se ha desarrollado una alternativa: *la transformación del yo en entidad deliberativa*. En lugar de aferrarse a la centralidad del ego, el yo se descentraliza, se reconoce múltiple y se vuelve cauce deliberativo. Esa mutación no nace de un mandato externo ni de una renuncia autoimpuesta por fidelidad automática a lo normativo, sino de una lógica estructural que se activa al reconocer que lo constitutivo no siempre es elegido, pero puede ser escuchado. El altruismo, entonces, no es una virtud inculcada, sino el resultado natural de una subjetividad lúcida, que ha dejado de confundir lo constitutivo con lo reactivo.

Desde esta perspectiva, la ética no se enseña: se hospeda. No se transmite desde la cima, sino que se practica en el borde. El pensamiento involuntario, lejos de ser ruido, se vuelve orientación; y el límite, lejos de obstáculo, se convierte en la forma más precisa de cuidado: *un cuidado entendido como escucha activa y estructurante. Una atención que organiza sin invadir, una contención que habilita sin clausurar, una ética que reconoce lo propio y lo ajeno.*

La subjetividad, desde esta mirada, ya no es una entidad, sino un acontecimiento: algo que ocurre entre lo elegido y lo intempestivo, entre lo dicho y lo inexpresable. El yo no se afirma, se dispone. Y esa disposición —a deliberar, a alojar, a no huir— permite que la lucidez, aunque parcial, dé lugar a vínculos más humanos, más compasivos, más reales.

Porque en el borde del saber —ahí donde el yo no decide, pero todavía siente— puede nacer algo profundamente valioso: la capacidad de testimoniar lo incierto sin miedo, sin dominio, sin anestesia.

Esta postura no propone resolver el misterio, sino habitarlo con lucidez. Reconocer que nuestra subjetividad se forma tanto por lo que pensamos como por lo que nos atraviesa sin explicación. Asumir esa ambigüedad no es resignarse: *es elegir una ética nueva, no heredada, no impuesta, sino encarnada en el límite.*

Epílogo

¿Mantener la especie o mejorarla? Ética, evolución y simulacro contemporáneo

En el fondo de toda reflexión sobre lo humano late una pregunta que no es biológica, sino ética: *¿debemos preservar la especie o intentar transformarla?* La evolución natural, en su lógica darwiniana, parece orientada a conservar y optimizar aptitudes adaptativas. Pero esa mejora no garantiza una evolución moral. La ética no es una consecuencia directa de la complejidad biológica, aunque la presupone. Una ameba no puede ser ética; un ser humano, sí. Pero que pueda, no significa que lo sea.

A largo plazo, la ética parece desarrollarse junto a la expansión de la conciencia. Hay una evolución involuntaria, ligada al lenguaje, al vínculo, a la empatía. Pero en el corto plazo —en los últimos siglos, incluso décadas— esa evolución se ha vuelto discontinua. La ciencia y la tecnología avanzan con velocidad, mientras la ética se estanca, se fragmenta o se simula. La competencia entre evolución material y evolución ética se vuelve entonces una tensión estructural: mientras una busca eficiencia, la otra exige cuidado; mientras una expande capacidades, la otra demanda límites.

Esta tensión se refleja en las formas contemporáneas del discurso moral. Hoy es común escuchar reflexiones éticas pronunciadas por figuras reconocidas por su éxito económico o tecnológico. Gurúes empresariales devenidos en filántropos y maestros de lo interior, que tras décadas de acumulación invitan a “repartir mejor”. Pero esa invitación suele llegar cuando el reparto ya no implica riesgo, cuando la ética se pronuncia desde la comodidad. No se trata de negar la posibilidad de transformación, sino de advertir una

paradoja: la ética enunciada desde el éxito corre el riesgo de convertirse en gesto performativo, en redención simbólica sin exposición real.

Quizás lo que se expresa allí no sea ética, sino *culpa*. Y quizás esa culpa se traduzca en consejos que tranquilizan más que transforman. Pero la ética —como se ha propuesto en este ensayo— no se transmite por discurso, sino por testimonio. No se enseña, se encarna. No se predica desde la cima, se sostiene en el límite.

Las familias, como unidades de formación de la próxima generación, también participan de esta tensión. Muchas veces, más que educar para la ética, reproducen formas de anestesia. Tener hijos porque “hay que tenerlos”, trabajar para sostener estructuras sin vínculo íntimo, enseñar a encajar más que a pensar. La ética no se aprende por definición, sino por presencia. Y si esa presencia está ausente, lo que se transmite no es cuidado, sino simulacro.

En este marco, la pregunta inicial se reformula: *¿estamos reproduciendo la humanidad o cultivando lo humano?* Tal vez la respuesta no sea técnica, ni biológica, ni institucional. Tal vez solo pueda ser ética. Y si ha de ser real, quizás no nazca del éxito, sino del borde. No del saber, sino de la ambigüedad. No del discurso, sino del gesto —un gesto deliberativo que no impone, dispone; que no clausura, escucha. Incluso en los sueños, allí donde el yo cede y la conciencia se suspende, puede aparecer la forma más desnuda del gesto ético: no como decisión, sino como disposición, como apertura a lo no elegido que también forma parte de lo humano.

Porque en ese borde, donde el yo deja de dominar y empieza a hospedar, puede emerger una forma de humanidad lúcida, entregada, espiritual. No es la ética del mandato, ni de la culpa: es la ética del acontecimiento deliberativo. La que ocurre cuando el yo se descentraliza para vincular, no para controlar.

No hay culpa en lo que ocurre por estructura. La vida ya posee su dosis de dureza: no precisa castigos añadidos. Y lo que pasó, habría pasado de todos modos. Lo que importa ahora no es corregir el pasado, sino habilitar el presente para que algo distinto pueda acontecer.

Reflexión final del autor

Este ensayo nace de una inquietud que no es sólo teórica, sino profundamente existencial: la necesidad de construir una ética que no se herede sin examen ni se improvise sin fundamento. Mientras la formación técnica nos permite operar con certezas, la ética —con su textura ambigua— exige sostener decisiones en terrenos donde el suelo no siempre es firme.

La distancia entre deducción y acción no se resuelve con fórmulas, sino con práctica lúcida. La ética no se transmite por discurso, sino por comportamiento; no se afirma desde el éxito, sino que se sostiene en el borde —ese borde donde el yo deja de imponer y empieza a hospedar.

Este texto no pretende ofrecer respuestas definitivas, sino abrir una deliberación viva en torno a lo humano. Porque pensar no es dictar, sino exponerse. Y en tiempos de simulacro, pensar puede ser una forma de cuidado ético: no como mandato, sino como gesto —un gesto que escucha, vincula y habilita.

Glosario filosófico del ensayo

Acontecimiento deliberativo

Proceso en el que el yo se descentraliza y se abre a la afectación sin mandato ni control. Es una forma ética que no se impone, sino que acontece como gesto lúcido de disponibilidad ante lo intempestivo y lo misterioso.

Ambigüedad constitutiva

Condición estructural de la subjetividad humana, definida por la coexistencia de lo introspectable y lo no introspectable. No es una falla del sistema, sino el sistema mismo: una tensión que configura la experiencia sin resolverse en sentido único.

Apertura lúcida

Actitud reflexiva que no busca controlar lo que irrumpe, sino sostenerlo con conciencia parcial y disposición ética. Implica habitar el límite sin anestesia, reconociendo la potencia del no saber.

Conciencia no narrativa

Forma de conciencia que no se estructura como relato ni se rige por la voluntad de sentido. Se define por modulaciones afectivas, variaciones perceptivas y apertura a lo que irrumpe sin trama, sin control y sin necesidad de interpretación.

Economía del olvido

Dinámica cultural y mercantil que organiza el consumo en función de su capacidad para evitar el contacto con el misterio, el dolor o la finitud. No se orienta a la necesidad, sino a la evasión.

Elaboración contemplativa

Gesto ético y creativo que no busca dominar lo intempestivo, sino alojarlo con lucidez. Se manifiesta en prácticas simbólicas —como la escritura, el arte o la reflexión— que convierten lo ambiguo en experiencia compartible sin perder su misterio.

Entidad deliberativa

Transformación del yo desde una instancia operativa hacia una forma espiritual expandida, capaz de alojar la multiplicidad interna y deliberar desde ella. No responde al ideal de autonomía racional, sino a una lógica de apertura ante lo no elegido.

Epistemología no afirmativa

Marco teórico que no exige explicación ni dominio conceptual para validar la experiencia. Suspende la necesidad de sentido, permitiendo que lo no dicho se manifieste como saber no afirmativo, pero significativo.

Ética del borde

Forma de cuidado que no se funda en certezas ni en mandatos, sino en la disposición a sostener lo ambiguo. Se practica en el límite del saber, donde el yo no domina, pero aún puede vincular.

Hospitalidad simbólica

Capacidad del sujeto para alojar lo no elegido, lo ambiguo y lo intempestivo sin clausurarlo. No implica comprensión total, sino disposición a compartir lo incompleto como gesto ético.

Inconsciente epistémico

Límite activo del conocimiento desde el cual emergen pensamientos, intuiciones o impulsos. No es contenido reprimido ni estructura simbólica, sino una zona de aparición no representable que configura la subjetividad.

Lucidez no afirmativa

Forma de conciencia que no se define por la certeza, sino por la capacidad de sostener lo incierto sin necesidad de resolución. Es una lucidez que contempla, no que domina.

Narcotización simbólica

Dinámica socio-cultural que evita el contacto con el límite epistémico mediante certezas prefabricadas, consumo compulsivo y discursos dogmáticos. Anula la fricción del pensamiento y clausura el vínculo lúcido con lo humano.

No introspectable

Fenómeno psíquico que no accede a la autoconciencia reflexiva. Se manifiesta fuera del registro intencional del yo, sin articulación narrativa ni simbolización directa.

Pensamiento como flujo

Concepción del pensamiento como circulación espontánea, no dirigida ni controlada. A diferencia del pensamiento voluntario o del involuntario con carga afectiva intensa, este flujo se manifiesta como corriente que atraviesa al sujeto sin exigir interpretación ni reacción.

Pensamiento involuntario

Forma de pensamiento que irrumpe sin mediación voluntaria ni origen claro. No es ruido mental ni irracionalidad, sino una manifestación epistémicamente no disponible que afecta, configura y revela la apertura constitutiva del sujeto.

Resonancia psíquica a distancia

Forma de afectación simbólica sin contacto directo ni contenido reconocible. No implica transferencia de datos ni telepatía, sino inscripción de intensidades relacionales que atraviesan la subjetividad más allá de la percepción sensorial.

Simulacro ético

Representación performativa de la ética que no implica exposición real ni transformación subjetiva. Se enuncia desde el éxito o la comodidad, y corre el riesgo de neutralizar el gesto ético genuino.

Subjetividad como acontecimiento

Concepción del yo no como entidad fija, sino como proceso abierto, permeable y contingente. Se constituye entre lo voluntario y lo intempestivo, en constante mutación, expuesto al límite y atravesado por lo no dicho. No organiza ni domina, sino que hospeda lo que aparece, practicando una forma de existencia hospitalaria y lúcida.

Suspensión de la conciencia operativa

Estado en el que el sujeto deja de dirigir la actividad mental, permitiendo la irrupción de pensamientos involuntarios. Implica una interrupción del relato interno y una apertura ética ante lo no controlado, habilitando formas de experiencia no narrativas.

Zona de fricción epistémica

Espacio conceptual donde se tensionan el saber establecido y lo que irrumpe sin ser tematizado. Allí el conocimiento colapsa, pero el pensamiento continúa como forma de apertura.

Datos del autor

Nombre: Gustavo Jorge Ferrero **Correo electrónico:** gus.ferrero@gmail.com **Ciudad y país:** Rosario, Argentina **Fecha:** Julio de 2025

Biografía del autor

Gustavo J. Ferrero (Rosario, Argentina) es bioingeniero de formación, con un recorrido vital que lo llevó a desplegarse más allá de los límites disciplinares. Pensador independiente, su mirada filosófica emerge no de la academia sino de una experiencia existencial que reorientó el sentido de sus búsquedas. Hoy su trabajo enlaza con naturalidad ciencia, arte y tecnología: desarrolla dispositivos electrónicos, perfumes de autor, sistemas digitales, aplicaciones de soporte a las tecnologías de la información y modelos de análisis financiero.

Inspirado por el ideal del *uomo universale*, cultiva una filosofía transdisciplinaria, antidogmática y profundamente conectada con los distintos estratos de la experiencia humana. Sus ensayos se inscriben en una indagación mayor sobre el sentido, el ser y la conciencia, impulsada por una necesidad interior que va más allá del interés intelectual.